

SERIE PECADOS V



Rey de la
ENVIDIA



ANA HUANG

CROSS
BOOKS

SERIE PECADOS



Rey de la
ENVIDIA

ANA HUANG

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *King of Envy*
© del texto: Ana Huang, 2025

© de la traducción: Mariona Gastó, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-08-30865-2 (edición en rústica)
ISBN: 978-84-08-30864-5 (edición especial en tapa dura)
Depósito legal: B. 14.194-2025 (edición en rústica)
Depósito legal: B. 14.195-2025 (edición especial en tapa dura)
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar
este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la
web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de
cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías
de inteligencia artificial.

1

Ayana



—Felicidades. La mitad de las personas que hay aquí quiere matarte y la otra mitad quiere ser tú —me dijo mi prometido rozándome la mejilla con los labios—. Eso sí que es todo un logro.

—No sé yo si debería enorgullecerme por eso —dije por lo bajo, sin separar apenas los labios. Seguí sonriendo con firmeza. La gente nos estaba mirando—. Sobre todo, por lo segundo.

—Cuando la lista de invitados es un quién es quién del mundo de la moda, sí —respondió—. Suscitar envidia entre una multitud como esta es un don. Aprovéchalo, MoDA.

Exhalé riendo.

—Estás más orgulloso de este título tú que yo.

«MoDA» era la abreviación de «Modelo del año». Me habían entregado ese prestigioso título hacía ocho meses y Jordan seguía sacándolo a colación a la mínima que podía.

—¿Qué quieres que diga? Demuestra que tengo buen ojo —contestó guiñándome uno—. Me acuerdo del momento en que Hank le dijo a todo el mundo que había encontrado «la cara del siglo» en una fiesta universitaria cualquiera en Washington D. C. Y mírate ahora.

Al oír aquella mención a mi agente, me tembló la sonrisa, pero me recompuse enseguida.

—Eso de «la cara del siglo» no sé yo, pero esto es muchísimo mejor que una casa de fraternidad llena de gente sudada, clarísimamente.

Le di un sorbo al champán y paseé la vista por el jardín exterior. Estábamos celebrando un cóctel de finales de verano (cuyos anfitriones éramos nosotros) para Jacob Ford, los icónicos grandes almacenes de lujo que fundó el abuelo de Jordan hacía más de cincuenta años.

Gracias a Jordan, pude dar el gran salto como modelo cuando me dio la oportunidad de ser la embajadora de la marca hacía cuatro años. La envergadura y el éxito de esa campaña, exclusivamente de esa, me abrieron más puertas que yendo de *casting* en *casting* y aceptando pequeños proyectos en dos años enteros. Les debía mi carrera tanto a él como a Jacob Ford.

Para la fiesta de hoy, Jordan había alquilado una preciosa azotea con jardín. Iban pasando camareros con bebidas, el sol brillaba y la mitad de los invitados nos estaban mirando mientras se cubrían la boca con las manos y susurraban (algunos con más discreción que otros). Jordan tenía razón. Los había que querían matarme; estaba segura.

El mundo de la moda era despiadado como el que más. Mi ascenso a la fama a lo largo de los últimos años y el hecho de que me prometiera con uno de los solteros más atractivos de Nueva York no les había hecho demasiada gracia a muchas de mis compañeras. Amigos tenía pocos. Y amigos de verdad, menos todavía.

Las cosas eran así y punto. Sin embargo, a veces me lamentaba por la vida que habría tenido de no haberme convertido en una figura tan visible.

—Oh, oh... —Jordan entró en tensión—. Misil a la vista. Prepárate o te dejará hecha trizas.

Mi breve instante de melancolía estalló como si fuera una más de las burbujitas de la bebida. Seguí el consejo de Jordan y me preparé para el impacto, pero también esboqué otra prieta sonrisa.

Con la indomable Orla Ford no había que tomarse nada a risa. A pesar de que Jordan fuese el director ejecutivo de Jacob Ford, su abuela era la accionista principal y la matriarca familiar. Gobernaba el clan Ford desde su finca en Rhode Island y su capacidad de conseguir que la mitad de Manhattan acatase sus órdenes a más de trescientos veinte kilómetros de distancia eran un claro ejemplo del firme carácter que poseía.

—Vosotros dos sois los anfitriones de esta fiesta, ¿no? —preguntó mientras se nos acercaba.

La mujer de ochenta y cuatro años se había vestido de forma elegante con su traje de flores y su collar de autor de diamantes y esmeraldas; sin embargo, cuando una la tenía cerca, se podía apreciar que estaba agotada. Tenía las mejillas chupadas y le temblaban muy sutilmente las manos.

Aun así, ella seguía con la cabeza bien alta y orgullosa, y entrecerró los ojos mientras esperaba a que le respondiéramos.

—Sí, abuela —contestó Jordan, desprovisto ahora de liviandad alguna.

—¿Y por qué estáis aquí, en una esquina y de risitas como si fuerais un par de adolescentes en lugar de estar haciendo lo que hacen los anfitriones? —señaló marcando bien la última palabra antes de chasquear la lengua—. Tenéis a Dante y a Vivian Russo aquí. A Stella Alonso. Id a hacer contactos. Ahora estáis prometidos; ya tendréis tiempo suficiente para hacer cosas de pareja luego.

Al oír el tono de voz con el que pronunció eso de «cosas de pareja», me subió el color a las mejillas. Jordan dejó su

copa en una mesa que quedaba cerca y salió. Yo hice ademán de seguirlo, pero su abuela me colocó una mano en el brazo para detenerme.

—Tú no, cielo. Todavía no. —Me miró perspicaz de arriba abajo—. Estás divina.

—Gracias —contesté feliz.

Los cumplidos por parte de Orla eran más bien escasos. Yo nunca me tomaba su aprobación a la ligera.

Llevaba un minivestido de gasa de color amarillo azafrán de la colección de su propia marca. Me había alisado el pelo con la técnica *slik press*, de modo que las sueltas ondas de mi melena me caían en cascada por encima de los hombros, y aquellos tacones que desafiaban la mismísima gravedad hacían que le sacase cinco centímetros de más al metro ochenta y tres de Jordan. Eran descabelladamente caros, pero tan bonitos que no me había podido resistir.

Cada uno tiene sus perdiciones, y las mías eran los zapatos y los perfumes. También me gustaba hacer punto, pero me salía todo tan deformado que aún no le había hablado de ese *hobby* en concreto a nadie.

—Quería hablar contigo porque no solemos vernos mucho en persona —comentó Orla—. Ya sé que tú y Jordan lleváis bastante tiempo prometidos... Dieciséis meses, si no me equivoco. Pero... —Dudó un poco y exhaló sibilante.

Casi alargo la mano para asegurarme de que estaba bien, pero ella siguió al cabo de un segundo como si nada.

—No he tenido la oportunidad de darte la bienvenida a la familia como es debido. —Me agarró la mano entre las suyas—. Me pasé años pensando que Jordan no iba a encontrar jamás a la persona adecuada. Es el único nieto que tengo y estaba... preocupada. Cuando salía con alguien, solo duraban unas cuantas semanas. Me preocupaba que, cuando por fin fuera a llevarnos a alguien a casa, fuera a ser una cortesa-

na que hubiese pillado por ahí. Me alegro muchísimo de que no fuera el caso y de que esté contigo. —Orla me acarició la mano—. Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien. —Sonaba sincera, aunque un poco triste.

Hice caso omiso del comentario ese de «una cortesana» (a fin de cuentas, la mujer tenía ochenta y pico años) y camuflé mi confusión con otra sonrisa.

Orla no era una persona sentimental y ya me había dado la bienvenida a la familia hacía más de un año, en la fiesta de compromiso. A lo mejor se le había olvidado...

—Muchísimas gracias, Orla. Ha sido usted encantadora conmigo desde que anunciamos el compromiso. Estoy, eh..., encantada de formar parte de su familia.

En el caso de que se diera cuenta de mi pequeño lapsus verbal, no hizo alusión alguna a ello.

—¿Cómo no, cielo? Tenía que decírtelo en persona. No podía confiar en que fuera a hacerlo mi hija. Lo único que se le da bien a ella es gastarse mi dinero e ir de ligue en ligue, cada cual más espantoso. —Desvió la vista hacia un lado—. Anda, mira, Buffy Darlington. Disculpa, tengo que ir a saludarla.

Orla me dio una última palmadita en la mano y se marchó.

Cuando se hubo ido, pestañeeé. «¿Qué narices acaba de pasar?».

—Pareces traumatizada. ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha echado la bronca porque con estos tacones estás más alta que yo? —Ahora que su abuela se había ido, Jordan volvió a aparecer a mi lado cual fantasma que se materializa de la nada. Él la adoraba, pero la mujer también lo tenía aterrado—. Ya sabes lo tiquismiquis que es con las apariencias. Que la mujer sea más alta que el hombre no queda bien y blablablá...

—A ver, cuando voy plana mido metro setenta y ocho, o

sea, que estaría la cosa complicada —bromeé—. Pero no, no ha dicho nada de los tacones. —Le resumí la conversación por encima—. Ah, y no quiero alarmarte, pero... ¿está bien? La he visto un poco pálida y no paran de temblarle las manos.

Jordan arrugó la frente.

—Seguro que no es nada. Estuvo engripada la semana pasada y aún se está recuperando. Aunque, como era de esperar, insistió en coger un vuelo para asistir a la fiesta. Se apunta a lo que sea con tal de poder alardear de la empresa y de nuestro compromiso. —Se tragó el *whisky* escocés que tenía en la mano—. Hablando del tema: no te olvides de que hemos quedado con Vuk para cenar el viernes y comentar algunas cosas sobre la boda. He reservado mesa en ese nuevo bistró que han abierto en West Village.

El champán se me revolvió en el estómago.

Vuk Markovic y Jordan habían compartido habitación en la universidad y sería el padrino de boda de Jordan. No lo conocía demasiado bien, pero las pocas interacciones que habíamos compartido hasta la fecha no es que hubiesen sido las más agradables del mundo, que se diga. De hecho, estaba casi convencida de que el hombre me odiaba.

No tenía ni idea de por qué. Yo siempre me había mostrado cordial y amable con él y jamás había prestado atención alguna a los rumores que corrían por ahí acerca de que ese poderoso director ejecutivo tal vez estuviese involucrado en negocios bastante más turbios que el hecho de dirigir la destilería más importante del mundo.

Jordan era uno de los mejores hombres que conocía. Conectamos cuando yo estuve trabajando en la campaña de Jacob Ford y llevábamos siendo amigos desde entonces. No le pediría que fuese su padrino a alguien que no fuera de confiar. ¿No?

—El viernes en West Village. Apuntado —respondí—. Me sorprende bastante que no haya venido hoy.

—¿En serio? —Jordan parecía escéptico—. Vuk odia las fiestas. Estoy seguro de que cree que el séptimo círculo del infierno es una gala de etiqueta con música en directo.

Reí.

—No sé. Este año ha ido a muchos más eventos. Hasta lo mencionaron en *Mode de Vie*, en el perfil que le hicieron el mes pasado.

—Cierto, pero dudo que vaya a convertirse en una costumbre. Vuk hace lo estrictamente necesario para los negocios y punto. Una fiesta de cócteles en una azotea con jardín no entra dentro de ese abanico de circunstancias. —Jordan soltó un taco—: Mierda. Mi abuela ya vuelve a asesinarme con la mirada. Voy a buscar a alguien «importante» con quien hablar antes de que me apuñale con un picahielo. Me da a mí que no podremos volver a estar juntos en lo que queda de fiesta, no vaya a ser que nos acuse de no estar haciendo bien de anfitriones.

—Pues sí... —Nos dimos la mano solemnemente y arrugamos la boca en un intento por contener la risa—. Buena suerte, soldado —le dije—. Nos vemos en el otro lado.

Jordan respondió mediante un escueto saludo militar con solo dos dedos. Desapareció entre la multitud y yo le di un último sorbo a la bebida antes de acercarme a Stella Alonso y su marido.

De camino, pasé por el lado de Orla y las palabras que me había dicho antes me retumbaron por la mente: «Hacéis una pareja preciosa. Y sé que lo cuidarás bien».

Agradecía mucho que se sintiera de esta forma, de verdad. Mucha gente le tenía miedo a esta mujer (y es que podía darlo); en privado, en cambio, era una persona mucho más cálida de lo que los demás la creían capaz.

Le devolví la sonrisa e ignoré la pizca de culpabilidad que sentí momentáneamente en el estómago.

Tener el beneplácito de Orla era un logro inmenso, pero me daba la impresión de que su bondad se reduciría al mínimo si descubriese la verdad: que mi compromiso con su nieto no era más que una farsa tan grande como una catedral.